

en punto á "tentar," reses
y "derribar," cornúpetos,
y si al que te moleste
no le sueltas el toro,
¡habrá que darte un trepe
y habrá que retirarte
fama, prez y laureles!
Esa esperanza, duque,
me conforta y sostiene;
con mis enhorabuenas
va el ruego de que quedes,
si no como almirante,
¡siquiera como jefe
de cuadrilla torera,
pero no á lo *Pepete!*
Que Sagasta te ayude,
que seas su *Manene*
(salvo el final), y el cielo
tus berrendos *fomente.*"
Y hacemos aquí punto,
porque ya no contiene
más la carta que al duque
dirige su pariente
(cuyas manos besamos
si á su altura hay quien llegue),
Cristóforo Colombo
l'immortal genovese.



Enero de 1890.

CARTA Á UN AUTOR NOVEL

14 de Enero de 1890.



lla parado,
mente su
no de tela
propio de un telar... Perdone el retruéca-
no, si no te gusta; y si te agrada, brindase-
lo á Bofill.

Durante mis ocios de estos días he leído
cuanto hay que leer, hasta periódicos, que

Celebraré, ami-
go Acheizeta, que
la presente te
coja con salud, di-
nero, y una obra
maestra en el tel-
lar de tus come-
dias.

El mío, por lo
mismo que se ha-
justifica plena-
nombre. Está lle-
rañas, y nada más

es la lectura más desabrida para un periodista; y leyendo acá y allá, me he enterado de que ahora está gustando mucho en Italia una comedia titulada *La mamá del obispo*.

¡*La mamá del obispo!*

¿Qué tal parecería este título en los carteles de nuestro teatro de la Comedia?

No te escandalices; porque, aparte de que no hay motivo alguno de escándalo en que los obispos tengan mamá, no se trata de una obra como la que podrían escribir aquí Nakens y Vallejo, si les fuera dado llevar el género de *El Motín* á la escena.

¡Y eso que en *La mamma del vescovo*, como se intitula en italiano, figura nada menos que una docena de curas! Docena que podemos llamar la docena del fraile; porque hay un fraile, además de los doce curas...; y por contera, un rabino.

¿Qué tal?

—¡No me parece mall—dirás con música de Chueca.

Y por lo visto, eso dicen también los italianos; porque todos los periódicos convienen en que dicha comedia es una de las mejores que se han escrito en estos últimos años.

Las principales reservas de la crítica refiérense, no á la conveniencia ó inconve-

niencia de sacar clérigos á las tablas—como se figurarán algunos míopes de por aquí,—sino al espíritu que informa la obra, que es el de una caridad cristiana harto ideal, y el de una confianza harto candorosa y excesiva en que una democracia fundada sobre la religión (así sea ésta lo más pura), es lo único que puede salvar la sociedad, según predica en la comedia un fray Pablo, especie de celoso y reformador apóstol.

Como ves, querido Acheizeta, *La mamá del obispo* está tan lejos de *El Motín* como los obispos mismos.

Desde el punto de vista exclusivamente dramático, la crítica encuentra también bastante convencional—y rancia, que es peor—la novelesca historia de un Edmundo, que para curarse de desengaños de amor, se mete fraile; y es lo cierto que después de las escenas del *Don Alvaro* y de las romanzas de *La Favorita*, esa *solita historia* resulta bastante trasnochada.

Pero el arte exquisito con que está compuesta la comedia, la belleza de la forma, y más que nada la viva y fiel pintura de la sociedad eclesiástica de hogaño, son méritos suficientes para que el público italiano aplauda y admire *La mamá del obispo*.

Valentín Carrera—que este nombre de tan pura casta española es el del autor—ha

trazado un cuadro completo de la vida de sacristía, con toda clase de tipos; desde el vicario intrigante, batallador, periodista intransigente (*integrista*, diríamos aquí), hasta el canónigo que no se preocupa más que de una cosa, de la digestión, como el que

nunca á Dios l'amaba bueno
sino después de comer;

desde el fraile ideólogo y soñador que anhela reformar el mundo, hasta el cura ramplón de misa y olla que aspira solamente á no morir de hambre; desde el humilde sacristán, hasta el altivo purpurado de la Iglesia.

Ahora bien; quiero que me digas, ilustre Acheizeta, si eso que admira y aplaude el público italiano, porque hay autores que lo escriben, empresarios que lo ponen y actores que lo hacen, lo aplaudiría y lo admiraría igualmente el público español.

—¿Por qué no? —dirá el lector discreto, interrumpiendo nuestra correspondencia, —si eso se escribía, se ponía y se hacía con cultura, respeto, verdad, y, sobre todo, con arte, con el divino arte, que todo lo purifica, y eleva, y ennoblece.

—Cierto; pero es el caso, opondrás tú que aunque yo lo escriba, no encontraré

quien me lo haga ni quien me lo ponga en escena.

¡Ay, estimadísimo Acheizeta, y cuán fundada será tu réplica, si es esa la que das! Todavía puede completarse—y la completo á disgusto—diciendo que ni te admitirían la obra, ni te la harían... ni tú la escribirías, á despecho de tu hambre y sed de realidad, de independencia, de aire libre y de horizontes nuevos.

Ni autores, ni actores, ni empresarios, sabéis salir de un patrón (ó de una patrona, contando á la Valverde), y á estas estrecheces, ahogos y limitaciones en que os encerráis, como si hubiérais hecho voto de cartujos ó quisiérais suicidaros con el tufo de un brasero, debéis achacar la mayor parte de las causas de la decadencia de nuestro teatro.

Nuestro teatro ha sido la forma más característica, más rica, más genial y más viviente de la literatura española, porque el siglo de oro le dió toda clase de libertades y le abrió todo género de puertas, y no estorbó su exuberante y lozano desarrollo con trabas, ligaduras y escrúpulos.

Así se procura hoy en Italia, y así tendrá teatro la Italia moderna.

¿Sabes por qué "el teatro pequeño," se impone y domina en España al "teatro

grande,, aparte de otra clase de razones?

Porque en aquél, en medio de la balumba de vaciedades y extravagancias con que lo inundan los malos autores, soplan de cuando en cuando ráfagas de realidad, y asoman aspectos exactos de la vida, y vibran la luz y el color, que han huído de las obras grandes.

Y como esto es cuanto yo quería demostrar, proponiéndote el ejemplo de los italianos modernos, que al fin y al cabo no es sino el ejemplo de los antiguos españoles, hago "mutis,, y me retiro por el foro.



Dichoso y satisfecho,
sin cuidados ni penas,
cierto pez de la Rioja
vivía en su pecera,
Mientras no le faltasen
su agua bien limpia y fresca,
sus migas de pan tierno
y otras mil frioleras,
todas muy exquisitas
y al presupuesto anejas,
le importaba un Cassola
de cuanto sucediera

más allá de los límites
de su grata vivienda.



Por eso, haciendo alarde
de fría indiferencia,
desdeñaba á un gatazo



(con la *te* en *eme* vuelta)
de piel negra y lustrosa

é intenciones más negras,
que andaba noche y día
rondando la pecera.

Ora la acariciaba,
cuidando, con paciencia,
de ocultar bien sus uñas,
por no infundir sospechas;
ora, ligero y vivo,
daba alrededor de ella
tan rápidas, veloces,
fantásticas carreras,
que en óptica ilusoria
—como dijo el poeta—
el gato al pez envuelve
dándole cien mil vueltas.



Mas esto era bien poco,
y á la ambición gatesca

eran ya indispensables
 hazañas de más cuenta
 para engullirse al rojo
 huésped de la pecera,
 que solía decirle:
 —Tú ni cazas, ni pescas,
 ni vales más que un Maura,
 aunque bien caro cuestas.
 Por fin el Micifuz
 acometió la empresa,
 y altivo como un Cid,
 y osado como un César,



se irguió sobre la frágil
 cristalina vivienda,

y dijo al pez riojano:
 —¡No te escaparás de ésta!
 Con arte á lo gatuno,
 con maña á lo gatera,



soltó al pez un zarpazo,
 mas no logró hacer presa;
 lo que logró el aleve
 fué caer de cabeza
 dentro del receptáculo
 que tanto apeteciera,
 y allí habría acabado
 de una vez su existencia,

si entre fatigas y ansias
no salva la pelleja,
maltrecho y malferido,
rompiendo la pecera.



El pez se quedó en seco,
el gato huyó á su tierra,
y sin bien para nadie
terminó la *tragedia*.

Ni aun el simple consuelo
de reirnos nos queda,
porque los vidrios rotos
nos los pondrán en cuenta

otros peces y gatos
de la misma ralea.
Y aquí acaba la fábula,
y... ¡hasta otra disidencia!

Febrero de 1890.



CRUELES ENIGMAS



El que sirvió de asunto á Pablo Bourget para una de sus más celebradas novelas no es más que una de esas adivinanzas con que se entretienen los chiquillos, si se le compara con los que de continuo "surgen en el seno," de nuestra sociedad, ora con el adjetivo de arduos, ora con el mote de pavorosos.

Ni las personas más enemigas de meterse en honduras, ni las más creyentes y ajenas á esa "amarga duda," que tanto atormenta á los poetas principiantes (y á quien los lee), ni las que tienen su manera de vivir, y aun de pensar, menos sujeta á cavilaciones, pueden sustraerse á los mil y un problemas que en nuestros días convierten á cada es-

pañol en un sombrío príncipe de Dinamarca... sin principado.

(Excepción hecha de los asturianos y los catalanes, que sí lo tienen, y con P mayúscula.)

Hoy todo es problema, todo es incertidumbre, todo es enigma, todo es *question* con su correspondiente *that is the (taza de té,* que traducirá cualquier "vertedor," al uso); y si encuentro editor que me pague bien mi trabajo, he de publicar una crónica muy "fin de siglo," que tengo ya planeada, y que habrá de llevar este título:

¿?

(HISTORIA DEL SIGLO XIX)

Algunos infelices,
que no ven más allá de sus narices,

encontrarían más justos y adecuados, en vez de esos signos de interrogación, unos signos de admiración; tan admirable y maravillosa les parece esta sociedad, cuyo mecanismo y tendencias no me inspiran más ademán ni actitud - y téngalo presente el editor de la citada *Historia*, por si quiere poner al frente mi retrato—que la acti-

tud y ademán del que se abre de brazos, se encoge de hombros, enarca las cejas, contrae el labio superior y adelanta el inferior.

Pero no es cosa de asustar al que leyere haciéndole temer que vaya á meterme en filosofías trasnochadas ó en variaciones cursis sobre la duda metódica y el perpetuo *sólo sé que no sé nada*.

Trátase solamente de indicar que la única superioridad de la época presente respecto de los tiempos antiguos, consiste en la mayor cantidad de esfinges.

Entonces no había más que una, la de Tebas, y ahora salen por docenas á la vuelta de cada esquina, sin que haya medio de darles esquinazo.

Nadie más despreocupado que yo y menos sujeto á las dudas y zozobras que caracterizan al hombre moderno; y sin embargo, no dió á Hamlet tanto que hacer su famoso *to be or not to be*, como á mí este problema indescifrable:

—¿Me la haré con una sola hilera de botones? ¿Me la haré con dos? ¿De qué manera me caerá mejor la americana?

El mismo Edipo, vencedor de la esfinge clásica, se hubiera declarado vencido ante este enigma; cuanto menos yo, averiado *enfant du siècle*, que ya traigo el espíritu

roído y gastado por otros medrosos y difíciles problemas...

—¿Se debe ó no se debe pedir con cinco en el *baccara*?

—¿Se la cortará ó no se la cortará *Fras-cuelo*?

—¿La forma poética está llamada á desaparecer de la literatura moderna?

Misteriosos enigmas que me han puesto á dos dedos del suicidio, y que me hubieran lanzado seguramente

alla partença che non a ritorno,

si no me hubiese detenido, momentos antes de levantarme la tapa de los sesos, esta nueva duda, todavía más cruel que las que me empujaban á la muerte:

—¿Me lo haré de cinc? ¿Me lo haré de hierro galvanizado?

De una parte, se lee á diario en los periódicos: *Los fêretros de cinc se pudren.*

De otra parte, se nos advierte con saludable pertinacia: *Los fêretros de hierro galvanizado se oxidan y se deshacen. En el extranjero ya no se usan.*

Como si dijéramos:

—¡Es moda que ya no se lleva!

Mucho me hizo sufrir esta fiera vacilación; pero es lo cierto que al cabo me salvó la vida.

Y una vez resuelto á vivir, me dije:

—Pues ¡á divertirme cuanto pueda!

Desgraciadamente, lo que llamamos diversiones en este valle de lágrimas no son sino otro manantial de dolorosas dudas, misteriosas incertidumbres y amargos enigmas.

Ayer, sin ir más lejos, recibí una carta dándome una cita para el baile de la Asociación de Escritores y Artistas en el teatro Real. Nada falta en la halagüeña esquelita: ni las señas del capuchón, ni le *mot d'ordre* para reconocernos, ni la hora, ni el sitio, ni las palabras dulces de rigor, ni la enigmática X de ordenanza al firmar.

Pues bien: al doblar la hoja del pliego amoroso, encontré este membrete en una de las esquinas:

ECONOMATO DE LA PARROQUIA DE ...

MADRID

Particular.

Que en el asunto median faldas, es indudable; pero ¿de qué género?

¡Enigma cruel! ¡Enigma aterrador!

Febrero de 1890.





ESTRUENDÓPOLIS

¿Que dónde está situada esa ciudad?

Pues, según los diccionarios geográficos, á los $40^{\circ} 24' 57''$ de latitud y á los $6^{\circ} 2' 30''$ de longitud.

Las señas son mortales, y nadie me dirá que invento ciudades fantásticas como las que pueblan el mapa ideal de nuestra Península, trazado por Galdós.

Ahí va, para remachar el clavo de la realidad, este suelto que se ha publicado en todos los periódicos de Estruendópolis:

“Los tenientes de alcalde, en una reunión que celebraron ayer en el Ayuntamiento